LIBRO dot.com

UNA CORRIDA DE TOROS

Prospère Mérimée



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Madrid, 25 octubre 1830. Muy señor mío:

Las corridas de toros todavía están muy en boga en España; pero entre los españoles de la clase elevada hay pocos que no experimenten una especie de vergüenza de confesar su afición a un género de espectáculo ciertamente muy cruel; así es que buscan varias razones graves para justificarla. Desde luego es una diversión nacional; y la palabra *nacional* bastaría por sí sola, porque el patriotismo de antecámara es en España tan fuerte como en Francia. Después, dicen, los romanos eran aún más bárbaros que nosotros, puesto que hacían combatir hombres contra hombres. En fin, añaden los economistas, la agricultura saca provecho de esta costumbre, pues el elevado precio de los toros de lidia estimula a los propietarios a criar numerosas vacadas. Hay que saber que no todos los toros tienen el mérito de embestir a los hombres y a los caballos, y que de veinte apenas se encuentra uno bastante bravo para figurar en una plaza; los diecinueve restantes sirven solamente para la agricultura.

El único argumento que no se atreven a presentar, y que sin embargo no tendría réplica, es que, cruel o no, este espectáculo es tan interesante, tan atractivo, produce emociones tan fuertes, que no se puede renunciar a él cuando se ha resistido el efecto de la primera corrida. Los extranjeros, que no entran por primera vez en el circo sin cierto horror, y solamente a fin de cumplir en conciencia con los deberes de turista, se apasionan en seguida por las corridas de toros tanto como los mismos españoles. Hay que convenir, para afrenta de la humanidad, que la guerra con todos sus horrores tiene encantos extraordinarios, sobre todo para los que la contemplan al abrigo.

San Agustín refiere que en su juventud sentía una repugnancia extrema por los combates de gladiadores, que nunca había visto. Obligado por uno de sus amigos a acompañarlo a una de aquellas pomposas carnicerías, se había jurado a sí mismo cerrar los ojos durante el tiempo de la representación. Desde luego cumplió bastante bien su promesa y procuró pensar otra cosa; pero a un grito que dio todo el pueblo al ver caer a un gladiador célebre, abrió los ojos; los abrió y no pudo volver a cerrarlos. Desde entonces, y hasta su conversión, fue uno de los aficionados más apasionados a los juegos del circo.

Después de tan gran santo, me da vergüenza citarme; sin embargo usted sabe que no tengo aficiones de antropófago. La primera vez que entré en la plaza de toros de Madrid, temía no poder soportar la vista de la sangre que allí se vierte en abundancia; temía, sobre todo, que mi sensibilidad, de la cual desconfiaba, me pusiese en ridículo en presencia de los aficionados empedernidos que me habían ofrecido un puesto en su palco. No sucedió nada de esto. Después de la muerte del primer toro, ya no pensé en salir. Transcurrieron dos horas sin el menor intermedio, y aún no estaba yo cansado. Ninguna tragedia del mundo me había interesado tanto. Durante mi estancia en España, no falté a ninguna corrida, y, lo confieso con rubor, prefiero las corridas de muerte a las de toros embolados. Hay la misma diferencia que entre los combates sin tregua ni merced y los torneos con lanzas embotadas. Sin embargo las dos especies de corridas se parecen mucho; pero en la segunda el peligro para los hombres es casi nulo.

La víspera de una corrida es ya una fiesta. Para evitar accidentes, la conducción de los toros al corral del circo, el *encierro*, se verifica de noche; y, el día antes de la

corrida, pacen en un pasturaje a poca distancia de Madrid. Muchos curiosos y aficionados se dan hasta allí un paseo para ver a los toros que con frecuencia vienen de muy lejos. Un gran número de coches, jinetes y peatones van a aquel sitio llamado el Arroyo. Muchos jóvenes visten en tal ocasión el elegante traje de majo andaluz, y despliegan una magnificencia y un lujo que la sencillez de nuestros vestidos ordinarios no permite. Este paseo no está, sin embargo, exento de peligro: los toros se hallan en libertad, sus conductores no se hacen obedecer fácilmente de ellos. Es cuenta de los curiosos el evitar cornadas.

Hay plazas en casi todas las grandes poblaciones de España. Estos edificios son de una construcción muy sencilla, por no decir muy grosera. Generalmente no son más que grandes barracas de tablas, y se cita como una maravilla el anfiteatro de Ronda, porque es todo de piedra. Es el circo taurino más hermoso de España, del mismo modo que el castillo de Thunderten-Tronkh era el más hermoso de Vesfalia, porque tenía puerta y ventanas. Pero; ¿qué importa la decoración de un teatro, cuando el espectáculo es excelente?

La plaza de Madrid puede contener unos siete mil espectadores, que entran y salen sin confusión por un gran número de puertas. El público se sienta en bancos de madera o de piedra; en algunos palcos hay sillas. El de Su Majestad Católica es el único adornado con bastante elegancia.

La arena se halla rodeada de una sólida valla de unos cinco pies y medio de altura, provista, por ambos lados, en toda su extensión y a dos pies del suelo, de una especie de estribo de madera que sirve al torero perseguido para saltar más fácilmente la barrera. Un corredor estrecho la separa de las gradas de los espectadores, tan elevadas como la barrera, y preservadas además por dos cuerdas paralelas, tirantes y sujetas a fuertes estacas. Es una precaución que sólo data de algunos años. Un toro había saltado, no solamente la valla, lo cual sucede a menudo, sino también la contra-barrera, llegando el tendido, donde mató o estropeó a numerosos espectadores. Las cuerdas tirantes parecen suficientes para evitar que semejante accidente se repita.

Cuatro puertas desembocan en la arena. La luna comunica con el corral de los toros, *toril;* la otra conduce al *matadero,* donde se desuella y diseca a los toros. Las dos restantes sirven para los actores humanos de esta tragedia.

Un poco antes de la corrida, los toreros se reúnen en una sala inmediata a las cuadras y próxima a la enfermería. Cerca de allí permanecen un cirujano y un cura dispuestos a prodigar sus cuidados a los heridos.

En la sala no hay más adorno que un cuadro representando una Virgen, ante la cual arden varias velas. Debajo del cuadro se halla una mesa con un braserillo que contiene carbones encendidos. Al entrar, cada torero se descubre ante la imagen y murmura rápidamente una breve oración. Después saca un cigarro, lo enciende en el braserillo, y fuma hablando con sus camaradas y con los aficionados que van a discutir con ellos el mérito de los toros que van a lidiar.

Mientras tanto, en un patio interior, los picadores se disponen al combate probando sus caballos. Al efecto, los lanzan a galope contra una pared en que apoyan una larga vara a guisa de pica; sin dejar este punto de apoyo, ejercitan sus cabalgaduras a volverse rápidamente y más cerca posible de la pared. Luego verá usted que este ejercicio no es inútil. Los caballos de que se sirven son rocines de desecho comprados a

bajo precio. Antes de entrar en la arena, por temor de que los gritos de la muchedumbre y la vista de los toros los espanten, se les tapan los ojos y se les llena las orejas de estopa mojada.

El aspecto del circo es muy animado. Desde antes de que empiece la lidia, los tendidos, las gradas y los palcos ofrecen una masa confusa de cabezas. Hay dos clases de asientos: los de sombra, que son los más caros y cómodos, y los de sol, siempre llenos de intrépidos aficionados. Se ven muchos más hombres que mujeres, y la mayor parte de éstas pertenecen a la clase de manolas. Sin embargo, en los palcos lucen algunos trajes elegantes, pero pocas mujeres jóvenes: las novelas francesas e inglesas han pervertido desde hace algún tiempo a las españolas, y hacen que no respeten sus antiguos trajes.

No creo que a los curas les esté prohibido asistir a estos espectáculos; sin embargo no he visto más que uno en traje sacerdotal (en Sevilla). Me han dicho que van algunos vestidos de paisano.

A una señal del presidente de la corrida, un alguacil mayor, acompañado de otros dos con ferreruelo, los tres a caballo, y seguidos de un piquete de caballería, hacen evacuar el redondel y el estrecho corredor que lo separa de los tendidos. Luego que se ha retirado con su séquito, un heraldo, escoltado de un notario, y de ocho alguaciles a pie, viene a leer en medio de la plaza un bando que prohíbe arrojar nada al redondel, turbar a los toreros con gritos o señas, etc. A su aparición, a pesar de la respetable fórmula: «En nombre del rey, nuestro señor, que Dios guarde muchos años...» salen de todas partes rechiflas y silbidos, que duran tanto como la lectura de la prohibición, de la que se hace tan poco caso que nunca se cumple. Allí, y sólo allí, el pueblo manda como soberano, y puede decir y hacer todo lo que le dé la gana.

Hay dos clases principales de toreros: los picadores, que lidian a caballo, armados de una pica; y los diestros que, a pie, hostigan al toro con capas de brillantes colores. Entre estos últimos figuran los banderilleros y los matadores, de quienes luego hablaré. Todos visten a la andaluza, como Fígaro en *El barbero de Sevilla;* pero en vez de calzones y medias de seda, los picadores llevan pantalones de cuero, guarnecidos de planchas de madera y de hierro, a fin de preservar sus piernas y sus muslos de las cornadas. A pie, andan pierniabiertos como compases; y si son derribados, apenas pueden levantarse sino con la ayuda de los chulos. Sus sillas son muy altas, de forma turca, con estribos de hierro, parecidos a zuecos, y que cubren enteramente el pie. Para hacerse obedecer de sus rocines, llevan espuelas con puntas de dos pulgadas de largo. Su pica se compone de una vara muy fuerte y una punta de hierro muy aguda; pero, a fin de prolongar la diversión, esta punta lleva un rodete de cuerda que no deja penetrar en el cuerpo del toro más que una pulgada de hierro.

Uno de los alguaciles montados recibe en su sombrero una llave que le echa el presidente de la corrida. Esta llave no abre ninguna puerta; pero, sin embargo, va y la entrega al hombre encargado de abrir el toril, y huye en seguida a galope, acompañado de las rechiflas del público, que le grita que el toro ha salido y le persigue. Esta broma se repite a cada corrida.

Mientras tanto, los picadores se han colocado en sus puestos. Ordinariamente hay dos a caballo en la arena; dos o tres más permanecen fuera, dispuestos a reemplazarlos en caso de accidentes, como muerte, fracturas graves, etc. Una docena de toreros y chulos se hallan distribuidos en el redondel, prontos a ayudarse mutuamente.

El toro, previamente irritado en el chiquero, sale furioso. Suele llegar de una embestida hasta el medio de la plaza, donde se para en seco, sorprendido del ruido que oye y del espectáculo que le rodea. Lleva en la nuca un lazo de cintas sujeto por medio de un anzuelo que penetra en la piel. El color de estas cintas indica la vacada de que procede; pero un aficionado experto reconoce, a simple vista, a qué provincia y a qué raza pertenece la res.

Los toreros se le acercan, agitan sus vistosas capas, y procuran atraer el toro hacia uno de los picadores. Si el animal es bravo, ataca sin vacilar. El picador, con su caballo bien recogido y la pica debajo del brazo, se ha colocado delante del toro; elige el momento en que éste baja la cabeza, dispuesto a arremeter, para clavarle la pica en el morrillo, *y no en otra parte;* apoya la vara con toda la fuerza de su cuerpo, y al mismo tiempo hace salir el caballo por la izquierda, a fin de dejar el toro a la derecha. Si todos estos movimientos son bien ejecutados, si el picador es robusto y su caballo manejable, el toro, llevado de su propia impetuosidad, pasa sin tocarlo. Entonces toca a los toreros ocupar al toro, a fin de dejar al picador el tiempo de alejarse; pero a menudo la fiera reconoce al que le ha herido, se vuelve bruscamente, alcanza al caballo, le clava los cuernos en el vientre, y lo derriba con su jinete. Éste es inmediatamente socorrido por los peones; mientras unos lo levantan, otros, echando sus capas a la cabeza del toro le desvían, le atraen y se escapan corriendo hacia la barrera que saltan con una ligereza sorprendente. Los toros españoles corren tan aprisa como un caballo; y si el torero se encontrase muy lejos de la barrera, escaparía difícilmente. Por esto es raro que los jinetes, cuya vida depende siempre de la destreza de los peones, se atrevan a avanzar hacia el centro de la plaza. Cuando lo hacen, se considera como un rasgo de audacia extraordinario.

Una vez levantado, el picador vuelve a montar en seguida su caballo. Poco importa que el pobre animal pierda borbotones de sangre, que sus entrañas arrastren por el suelo y se enreden con sus piernas; mientras el caballo pueda marchar, debe presentarse al toro. Si el rocín queda inutilizado, el picador sale de la plaza, y vuelve en seguida montado en otro caballo fresco.

He dicho que las picas no pueden producir sino una ligera herida al toro, y no tienen más objeto que irritarlo. Sin embargo, los choques del caballo y el jinete, el movimiento que hace, y sobre todo las reacciones que recibe deteniéndose bruscamente, le fatigan pronto. A menudo también el dolor de los puyazos le acobarda, y entonces ya no se atreve a atacar a los caballos, o *se niega a entrar,* como se dice en jerga taurina. Si es vigoroso, habrá matado ya cuatro o cinco caballos. Los picadores entonces descansan, y se da la señal de poner banderillas.

Estas consisten en palos de unos dos pies y medio, envueltos en papel recortado, y terminados por una aguda punta de acero, arpada a fin de que se quede en la herida. Los banderilleros cogen uno de estos dardos en cada mano. La manera más segura de servirse de ellos, es acercarse calladamente al toro por detrás, y excitarlo de pronto golpeando una banderilla contra otra. El toro, sorprendido, se vuelve y embiste sin vacilar. En el momento en que casi le toca y cuando baja la cabeza para el derrote, el torero le clava a un tiempo las dos banderillas en el cuello, lo que no puede hacer sino parándose un instante delante del toro y casi entre sus astas; luego se aparta, lo deja pasar, y se aleja o salta la barrera para ponerse en seguridad. Una distracción, un movimiento de vacilación o de miedo bastaría para perderlo. Los inteligentes consideran, sin embargo, la suerte de banderillear como la menos peligrosa de la lidia.

Si se cae al poner las banderillas, en vez de levantarse, se queda inmóvil. Raramente el toro da con las astas en el suelo, no por generosidad, sino porque al arremeter cierra los ojos y pasa por encima del hombre sin vacilar. Sin embargo, a veces se para, lo olfatea como para cerciorarse de que está muerto; y reculando luego unos pasos, baja la cabeza para recogerlo con los cuernos; pero entonces los camaradas del banderillero le rodean y distraen de tal modo, que le obligan a abandonar el supuesto cadáver.

Cuando el toro se ha mostrado cobarde, es decir, que no ha recibido gallardamente cuatro picas, número de rigor, los espectadores, jueces soberanos, lo condenan por aclamación a una especie de suplicio que es a la vez un castigo y un medio de despertar su cólera. De todas formas se eleva el grito de «¡Fuego! ¡Fuego!». Entonces distribuyen a los toreros, en vez de sus armas ordinarias, banderillas con el palo rodeado de fuegos artificiales. En la punta hay un pedazo de yesca encendida. Al penetrar el dardo en la piel, su yesca se corre hasta tocar y encender la mecha de los cohetes, que queman al toro en lo vivo y le hacen dar contorsiones y saltos que divierten extraordinariamente al público. Es, en efecto, un espectáculo admirable el ver aquella fiera enorme que echa espumarajos de rabia, sacude las banderillas encendidas y se agita en medio del fuego y del humo. Pese a los señores poetas, debo decir que de todos los animales que he observado, ninguno tiene menos expresión en los ojos que el toro. Es el que *cambia* menos de expresión; pues la suya es casi siempre la de la estupidez brutal y fiera. Raramente expresa su dolor con gemidos: las heridas le irritan o le espantan; pero nunca, permítaseme la frase, parece reflexionar sobre su suerte; no llora nunca como el ciervo. Así es que no inspira compasión sino cuando se ha distinguido por su bravura.

Cuando el toro lleva al cuello tres o cuatro pares de banderillas, es hora de acabar con él. Suena un redoble de tambores, y en seguida uno de los diestros, previamente designado, el matador, sale del grupo de sus camaradas. Ricamente vestido, cubierto de oro y seda, lleva una larga espada y un capote carmesí, sujeto a un bastón, para poderlo manejar más cómodamente. Es lo que se llama la muleta. Se presenta bajo el palco del presidente y con una profunda reverencia le pide permiso para matar al toro. Es una formalidad que no suele practicarse más que una vez para toda la corrida. El presidente, como es natural, contesta afirmativamente con una inclinación de cabeza. Entonces el matador brinda el toro, hace una pirueta, tira su montera al suelo y se va al encuentro de la fiera.

En estas corridas, hay leyes como en el duelo; infringirlas sería tan infame como matar a su adversario a traición. Por ejemplo, el matador no debe estoquear al toro más que en el punto de reunión del morrillo con la espalda, en lo que los españoles llaman la *cruz.* La estocada debe darse de arriba abajo, como si dijéramos *en segunda;* nunca por debajo. Antes perder la vida que herir al toro por debajo, por el lado o por detrás. La espada de que se sirven los matadores es larga, resistente, de dos filos; la empuñadura, muy corta, termina en una bola en que se apoya la palma de la mano. Se necesita una gran costumbre y una destreza particular para servirse de esta arma.

Para matar bien a un toro, hay que conocer a fondo su carácter. De este conocimiento depende no sólo la gloria, sino también la vida del matador; y se comprende: hay entre los toros tantos caracteres diferentes como entre los hombres; sin embargo se distinguen en dos divisiones bien marcadas: los *claros* y los *oscuros.* Hablo en lenguaje taurino. Los claros atacan francamente; los oscuros, por el contrario, son astutos y tratan de coger al hombre a traición. Estos últimos son sumamente peligrosos.

Antes de dar la estocada a un toro, el matador le presenta la muleta, le excita, y observa con atención si embiste francamente tan pronto como la ve, o si se le acerca despacio para ganar terreno, y no arremeter hasta calcular que el adversario se halla demasiado cerca para evitar el golpe. Con frecuencia, el espada se halla en presencia de un toro que sacude la cabeza con aire de amenaza, escarba la tierra con la pezuña sin querer avanzar, y hasta retrocede a paso lento, procurando atraer al hombre hacia el centro de la plaza, donde no le podrá escapar. Otros, en vez de embestir en línea recta, se acercan oblicuamente, poco a poco, fingiendo cansancio; pero, luego que han calculado su distancia se precipitan como un rayo.

Para el que entiende algo de la tauromaquia, es un espectáculo interesante el observar la brega del matador con el toro, quienes, como dos generales hábiles, parecen adivinar las intenciones el uno del otro y varían sus maniobras a cada instante. Un movimiento de cabeza, una mirada de lado, una inclinación de oreja, son para un matador experto otras tantas señales no equívocas de los proyectos de su enemigo. Por fin el toro impaciente se lanza contra el capote encarnado con que el matador se cubre de intento. Su vigor es tal que derribaría una pared con el choque de sus cuernos; pero el hombre le esquiva con un ligero movimiento de cuerpo, y desaparece como por encanto, sin dejarle más que un ligero trapo que le pasa por encima de las astas desafiando su furor. La impetuosidad del toro le lleva a cierta distancia de su adversario; entonces se detiene bruscamente atiesando las piernas, y estas reacciones bruscas y violentas le fatigan de tal modo que, de continuar, bastarían para matarlo. Por esto Romero, el famoso maestro, dice que un buen matador debe matar ocho toros en siete estocadas. Uno de los ocho muere de fatiga y de rabia.

Después de varios pases de muleta, cuando el matador cree conocer bien a su antagonista, se prepara el golpe final. A pie firme, se le coloca delante y le espera, inmóvil, a la distancia conveniente. Dobla el brazo derecho, armado de la espada, a la altura de la cabeza, y avanza con la mano izquierda la muleta que, casi rozando al suelo, excita al toro a bajar la cabeza. En este momento es cuando el matador le da el golpe mortal, con toda la fuerza de su brazo, aumentada con el peso de su cuerpo y la misma impetuosidad del toro. La espada, de tres pies de largo, entra a menudo hasta el puño; y si el golpe ha sido certero, el hombre ya nada tiene que temer: el toro se para en seco; apenas vierte sangre; levanta la cabeza; le tiemblan las piernas, y de pronto se desploma pesadamente. En seguida parten del público aclamaciones y aplausos ensordecedores, y el héroe vencedor envía modestamente saludos a todos lados.

Dicen que antiguamente no se daba más que una estocada; pero todo degenera, y ahora es raro que el toro caiga al primer golpe. Sin embargo, si parece mortalmente herido, el matador no redobla, sino que, los peones, le hacen dar vueltas excitándole con las capas a fin de aturdirlo en poco tiempo. Tan pronto como cae, el puntillero lo remata de una puñalada dada en la nuca, y el animal expira al instante.

Se ha notado que casi todos los toros tienen en el circo un punto al que siempre vuelven. Se le llama la querencia. De ordinario es la puerta por la cual han entrado en la arena.

A menudo, el toro, con la espada fatal clavada hasta la empuñadura, atraviesa el redondel a paso lento, desdeñando a los toreros y las capas con que le persiguen. Ya no piensa más que en morir cómodamente. Busca el sitio de su predilección, se arrodilla, se tiende y muere tranquilamente si una puñalada no viene a abreviar su fin.

Si el toro no quiere embestir, el matador se le echa encima y, en el momento en que baja la cabeza, le clava la espada (estocada de volapié); pero si no baja la cabeza, o si huye siempre, es necesario, para darle muerte, emplear un medio muy cruel. Un hombre armado de una larga vara con una cuchilla semicircular al extremo (media luna), le corta traidoramente los jarretes por detrás, y una vez caído, se le da *la puntilla.* Es el único episodio de la lidia que repugna a todo el mundo. Es una especie de asesinato. Afortunadamente es raro que se tenga que apelar a ese extremo para matar a un toro.

La música y un gran clamoreo anuncian su muerte. En seguida entra en el circo un tiro de tres muías que sacan los caballos y el toro a rastras. En dos minutos, los cadáveres de uno y otros desaparecen de la arena.

Cada combate dura unos veinte minutos, y, ordinariamente, se matan ocho toros en una tarde. Si la diversión ha sido mediocre, a petición del público, el presidente concede uno o dos toros suplementarios.

Ya ve usted que el oficio de torero es bastante peligroso. Un año con otro, mueren dos o tres en toda España. Pocos son los que llegan a una edad avanzada. Si no mueren en el circo, tienen que renunciar pronto a él a causa de sus heridas. El famoso Pepe Hillo recibió en su vida veintiséis cornadas; la última fue mortal. El salario bastante elevado de esa gente no es el único móvil que les hace abrazar su peligroso oficio. La gloria y los aplausos les hacen arrostrar la muerte. Tan grato es triunfar ante cinco o seis mil personas. De modo que no es raro ver aficionados de familia distinguida compartir los peligros y la gloria de los toreros de profesión. He visto en Sevilla a un marqués y a un conde hacer de picadores en una corrida pública.

Cierto es que el público se muestra poco indulgente con los toreros. La menor señal de timidez es castigada con gritos y silbas. Las injurias más atroces llueven de todas partes; hasta sucede, a veces, que por orden del pueblo, y esto es la muestra más terrible de su indignación, un alguacil se acerca al toreador y le intima, so pena de cárcel, que ataque sin demora al toro.

Un día el actor Maiquez, indignado de ver a un matador que vacilaba en presencia del más oscuro de los toros, lo llenaba de injurias. El matador le dijo; «Sr. Maiquez, aquí no se trata de mentirijillas, como en las tablas».

Los aplausos y el deseo de crearse una reputación o conservar la fama adquirida obligan a los toreros a aumentar los peligros a que se hallan expuestos. Pepe Hillo, y Romero después, se presentaban ante el toro con grilletes en los pies. La sangre fría de estos hombres en los mayores peligros tiene algo de milagroso. Recientemente, un picador, llamado Francisco Sevilla, fue derribado y su caballo destripado por un toro andaluz, de una fuerza y agilidad prodigiosas. Este toro, en vez de dejarse distraer por los chulos, se encarnizó con el hombre, lo pisoteó y le dio un gran número de cornadas en las piernas; pero, notando que se hallaba demasiado bien protegido por el pantalón de cuero forrado de hierro, se volvió y bajó la cabeza para meterle el asta en el pecho. Entonces Sevilla, incorporándose con un esfuerzo desesperado, cogió con una mano al toro por la oreja, y con la otra le metió los dedos en las narices, mientras apoyaba fuertemente su cabeza contra la de la fiera por debajo. En vano el toro le sacudió, le pisoteó, le golpeó contra el suelo: nunca pudo hacerle soltar la presa. Mirábamos con el corazón oprimido aquella lucha desigual. Era la agonía de un valiente, casi se sentía que se prolongase; nadie podía gritar, ni respirar, ni apartar la vista de aquella escena

horrible, que duró cerca de *dos minutos.* Por fin el toro, vencido por el hombre en aquel combate cuerpo a cuerpo, lo abandonó para perseguir a los toreros. Todo el mundo esperaba ver transportar a Sevilla en brazos fuera del redondel. Lo levantan y apenas se halla en pie coge una capa y quiere citar al toro, a pesar de sus pesadas botas y la incómoda armadura de sus piernas. Tuvieron que arrebatarle la capa; si no esta vez se hubiera hecho matar. Le llevaron un caballo; saltó encima, ardiendo en cólera, y atacó de nuevo al toro en medio de la plaza. El choque de los dos valientes adversarios fue tan terrible que el caballo y el toro cayeron de rodillas. ¡Oh!, si hubiera usted oído las aclamaciones, si hubiera usted visto la alegría frenética, la especie de embriaguez de la muchedumbre al ver tanta valentía y tanta suerte, hubiera usted envidiado como yo la suerte de Sevilla. Este hombre se hizo inmortal en Madrid-Junio 1842.

P.D. ¡Ay!, ¡qué es lo que acabo de saber! Francisco Sevilla murió el año pasado. Murió no en el circo, donde debía acabar, sino de una enfermedad del hígado. Murió en Carabanchel, cerca de aquellos grandes árboles que a mí me gustan tanto, lejos del público por el cual tantas veces arriesgó su vida.

Yo le había vuelto a ver en Madrid, en 1840, tan valiente, tan temerario como en la época que escribí la precedente carta. Le vi más de veinte veces rodar por el polvo bajo su caballo destripado; le vi romper numerosas varas, y hacer prodigios de fuerza con los terribles toros de Gaviria. «Si Francisco Sevilla tuviese cuernos —decían en el circo— no habría torero que se atreviese a ponérsele delante.» La costumbre de la victoria le había inspirado una audacia inaudita. Cuando se presentaba delante de un toro se indignaba de que la fiera no le tuviese miedo. «¿Pero tú no me conoces?» le gritaba furioso. Y no tardaba en demostrarle con quién se las había.

Mis amigos me proporcionaron el gusto de comer con Sevilla; comía y bebía como un héroe de Hornero, y era el compañero más alegre que se pudiera encontrar. Sus modales andaluces, su humor jovial y su caló lleno de metáforas pintorescas tenían un atractivo particular en aquel coloso que parecía creado por la naturaleza para exterminarlo todo.

Una señora española, huyendo de Madrid en el momento en que el cólera hacía allí estragos, fue a Barcelona en una diligencia en que se encontraba Sevilla, que iba a la misma ciudad para una corrida anunciada con mucha anticipación. Durante el camino, la cortesía, la galantería, las atenciones de Sevilla no se desmintieron un solo instante. A las puertas de Barcelona, la junta de sanidad, necia como todas, anunció a los viajeros que tendrían que hacer una cuarentena de seis días, excepto el picador Sevilla, cuya presencia era demasiado deseada para que las leyes sanitarias le fuesen aplicables; pero, el generoso picador desechó enérgicamente aquella excepción tan ventajosa para él. —Si la señora y mis compañeros no son admitidos a libre plática —dijo resueltamente—, ¡no picaré!

Entre el temor al contagio y el de perder una buena corrida no era posible dudar. La junta cedió, e hizo bien, porque si se hubiese obstinado, el pueblo hubiera quemado el lazareto con el personal de cuarentena.

Después de haber pagado mi tributo de alabanzas y de sentimientos a los manes de Sevilla, debo hablar de otra celebridad que reina actualmente sin rival en el circo. En Francia se conoce tan poco lo que pasa en España, que aquende los Pirineos hay quizá

personas para quienes el nombre de Montes es todavía desconocido.

Todo lo que la fama ha publicado de verdadero o de falso acerca de los matadores clásicos, Pepe Hillo y Pablo Romero, Montes lo hace ver cada lunes en el circo *nacional,* como dicen ahora. Valor, gracia, sangre fría, destreza maravillosa, todo lo reúne. Su presencia en el circo anima, transporta a actores y a espectadores. Ya no hay toros malos, ni toreros tímidos; cada uno se excede a sí mismo. Los diestros de un valor dudoso se convierten en héroes cuando Montes los guía, pues saben que con él nadie corre peligro. Un gesto suyo basta para desviar al toro más furioso en el momento en que va a herir a un picador desmontado. Nunca se ha visto la media luna en una plaza en que toreaba Montes. Claros u oscuros, todos los toros son buenos para él; los fascina, los transforma, los mata cuando y como le place. Es el primer torero a quien he visto «gallear al toro», es decir, presentarse de espaldas a la fiera para hacerla pasar por debajo del brazo. Apenas se digna volver la cabeza cuando el toro le embiste. A veces, con la capa puesta, atraviesa el circo seguido por el toro; la fiera, furiosa, le persigue sin poderlo alcanzar, y sin embargo se halla tan cerca de Montes, que cada cornada levanta la cola de la capa. Y es tan grande la confianza que Montes inspira, que para los espectadores la idea del peligro ha desaparecido, y lo único que sienten es admiración.

Montes pasa por tener opiniones poco favorables al actual orden de cosas. Dicen que fue voluntario realista y que es «cangrejo», es decir, moderado. Si esto aflige a los buenos patriotas, éstos no pueden sustraerse al entusiasmo general. He visto descamisados echarle sus sombreros con entusiasmo y suplicarle que se los pusiera un instante antes de devolverlos: son costumbres del siglo xvi. Brantôme dice no sé dónde: «He conocido a muchos caballeros que, antes de ponerse sus medias de seda, rogaban a sus damas que las estrenasen llevándolas ocho o diez días, más bien más que menos; y las llevaban después con gran satisfacción de espíritu y de cuerpo».

Montes tiene todo el aire de un hombre distinguido. Vive noblemente, y se consagra a su familia, cuyo porvenir ha asegurado con su talento. Sus maneras aristocráticas disgustan a algunos toreros que le tienen envidia. Recuerdo que se negó a comer con nosotros cuando invitamos a Sevilla. En aquella ocasión, Sevilla nos dio su opinión sobre Montes con su ordinaria franqueza.

Montes no fue realista; es un buen compañero, luciente matador, atiende a los picadores, pero es un p... Esto quiere decir que fuera del circo, viste de frac, no va a la taberna, y tiene modales demasiado finos.

Sevilla es el Mario de la tauromaquia, y Montes el César.